RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Buta, Julia

A modo de respuesta

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Buta, J. (1996). A modo de respuesta. Redes, 3(8), 241-247. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1108

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad
Nacional
de Quilmes

Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

A modo de respuesta*

Julia Buta

El motivo que inspira estas reflexiones ha sido la enojada y agresiva respuesta[1] que originó en el señor Mario Bunge mi reseña sobre su "librito" -según sus propias palabras-, *Sociología de la ciencia,* en esta misma revista.[2] El objetivo que me propongo no es tanto el de lavar mi buen nombre y honor, como el de aprovechar la oportunidad para algo más edificante, y convertir el suceso en una excusa para tratar de pensar e intentar construir algunas aproximaciones; al fin y al cabo, si para algo sirve pensar es para correr los límites un tanto estrechos a los cuales nos vemos sometidos.

1.

Evidentemente, la ciencia es objeto de desvelos de muchas y de muchos; ha quebrado el orden del mundo, convirtiéndolo en algo radicalmente diferente de lo que era antes de su gestación. Por ello ocupa un lugar central en las reflexiones de nuestra cultura occidental, todas tendientes a tratar de desentrañar sus características: ¿por qué sus éxitos?, ¿cómo resiste a todas las críticas?

Tal vez una de las cuestiones más complejas para entender es su modo de producción. ¿Es o no es una descripción de la realidad? Si lo es, ¿cuáles son los límites de su capacidad para dar cuenta, desde los seres humanos que realizan esa actividad denominada ciencia, de la realidad objetiva? Si no lo es, ¿a qué se debe entonces que haya triunfado como sistema de explicación del mundo? Lo anterior nos re-

* Con la publicación de la respuesta de la profesora Julia Buta al doctor Mario Bunge la dirección de la revista *REDES* da por concluida la polémica. El doctor Mario Bunge fue invitado a ejercer su derecho de réplica, pero decidió abstenerse.

La Dirección

[1] *REDES,* año III, N^{Q} 6, 1996, pp. 125-128.

[2] *REDES,* año II, N^{s} 5, 1995, pp. 189-193.

mite a otro problema clásico de la filosofía: la gnoseología o, en sus versiones más contemporáneas, la epistemología.

Todo conocimiento puede ser entendido de dos maneras diferentes: o es resultado de la capacidad "mental" de los individuos concebidos como individuos dotados de ciertas facultades que los distinguen de los seres no racionales, o el conocimiento es una producción de sujetos que viven en un mundo no privado, sino de múltiples relaciones sociales con otros sujetos.

Si adherimos a la primera postura, surgen inmediatamente preguntas. ¿Cómo ingresa el mundo en las mentes? Va una lista tentativa de respuestas: representaciones, privilegiadas algunas de ellas, homología entre la racionalidad externa y la interna, en definitiva, capacidad de copia de la realidad. Una de los modos que tomó forma históricamente es el realismo.

¿Y qué si el mundo no es mental en este sentido? Inmediatamente aparecen otros conceptos: intersubjetividad, indexicalidad indispensable, situaciones contingentes, relaciones sociales. Como consecuencia de este enfoque, se abre una línea de problemas: mecanismos adaptativos para obedecer al orden instaurado, sometimiento a las leyes dictadas por la razón y la tradición, imposición de un solo modelo hegemónico de poder cognitivo, incapacidad cognitiva para ver las alternativas.

2.

Se fue consolidando, durante el transcurrir del tiempo, la extraña idea de que los acontecimientos *reales* son *racionales e inevitables.* Como señala Chesterton, que como sabemos, no es un filósofo ni un científico:

> Me di cuenta de que los hombres ilustrados que usaban gafas hablaban de los acontecimientos reales: el alba, la muerte y cosas por el estilo, como si *fuesen* racionales e inevitables. Hablaban como si el hecho de que los árboles dieran frutos fuera igual de *necesario* que el que dos árboles y un árbol sumaran tres.[3]

Y agrega que no es posible imaginar que dos más uno fuesen algo distinto que tres, pero sí se puede suponer que de los árboles *no*

[3] G. K. Chesterton, *"La lógica en el País de las Hadas",* en M. Gardner (comp.), *El escarabajo sagrado,* Barcelona, SALVAT, 1986, p. 107.

necesariamente cuelguen frutos sino candelabros o tigres, así como también es fácil imaginar que estos frutos no caigan hacia abajo de los árboles sino que inicien unos vuelos curiosos por el aire, en forma ascendente.

¿Qué es lo que se nos está planteando aquí? Además de la ácida crítica de Hume acerca de que la causalidad no es más que una serie de repeticiones más o menos frecuentes en el mundo de la experiencia, se abre la posibilidad de pensar que el orden al que estamos acostumbrados *podría* ser otro. En otros términos, que la realidad es mucho más escurridiza a nuestros mecanismos de percepción que lo que suponemos.

Gran parte del pensamiento filosófico se ha dedicado a intentar arrojar luz sobre un tema tan crucial, que en definitiva nos remite al problema del conocimiento. Y a su crítica. Resultado de ello han sido diferentes líneas teóricas que fueron organizando los modos de pensar acerca del mundo en general y de la ciencia en particular.

Grandes pensadores tomaron este desafío: pensar más allá de lo establecido. Toda la producción de la filosofía moderna fue un conjunto no compacto ni homogéneo sino distintas vías para tratar de abordar el tema. Y aunque sostengamos que no todos los abordajes fueron de la misma talla, y aunque ciertos aportes teóricos tengan más puntos débiles que otros, lo poco que podríamos acordar en sostener es que no todo está dicho: el horizonte queda abierto.

Pero tampoco podemos dejar de encuadrar históricamente el pensamiento, y no debemos olvidar que una forma de pensar se impuso con más fuerza que otras como concepción acerca de lo que la ciencia es; esa postura es la que podemos denominar *positivismo.*

Sostiene Anthony Giddens,[4] en una perspectiva que comparto, que cuando hoy se habla de positivismo se entiende el término al menos en dos sentidos: uno estricto y uno más amplio. En sentido estricto, positivismo alude a los trabajos de aquellos que se han denominado a sí mismos *positivistas,* sea en el ámbito de la teoría social (a partir de la escuela de Comte), sea en el ámbito epistemológico (con lo que se conoce como Círculo de Viena), con manifiestas conexiones entre un tipo de pensamiento y otro.

En un sentido más amplio, empleamos el término para aludir a aquellas reflexiones que establecen una serie de supuestos:

[4] A. Giddens, "El positivismo y sus críticos", en *La teoría social hoy,* Madrid, Alianza, 1993, pp. 273 a 326.

• lo que llamamos *realidad* es algo que puede apropiarse a través de los sentidos; las impresiones del mundo son impresiones sensibles. Podemos denominar a esta tesis *fenomenismo;*

• la sobrevaloración del discurso científico como el discurso que triunfó sobre el oscurantismo de otros discursos posibles: metafísica, religión, crítica literaria; y esto ligado a la *racionalidad* que ofrece la ciencia contra la mera especulación metafísica;

• la tarea de la filosofía es distinta de la ciencia, pero a la vez está sometida a ella como análisis del discurso que los científicos utilizan como recurso acríticamente;

• mantener la dualidad de hechos y valores como dos terrenos diferentes de conocimiemnto: una cosa es el conocimiento empírico, otra cosa es la persecución de normas y valores éticos;

• el criterio de la *unidad de la ciencia,* el proyecto de la modernidad, que significa sostener que se trate de hechos naturales o de hechos sociales, detrás de ellos hay un fundamento lógico o metodológico común.

Es en este último sentido que me he permitido decir del señor Bunge que adhiere al positivismo. Porque, a pesar de no haber estudiado la "treintena de libros y varios centenares de artículos aparecidos desde 1943" que son de su autoría, puedo discriminar sus ideas de las del Círculo de Viena.[5]

3.

Esta visión que podemos denominar "la visión de los vencedores" consiste en otorgar créditos a las ciencias naturales; el viejo debate sobre el estatus de las ciencias sociales sigue en pie. ¿Sólo se puede entender la teoría social como descripción del mundo social natural o se puede llegar a aceptar la radical diferencia para concebir el conocimiento de otra manera? Si seguimos las reflexiones de Giddens, en el mundo de habla inglesa persiste aún el deseo de que aparezca el Newton de las ciencias sociales que organice y sistematice las teorías, lanzándolas a la categoría legítima de ciencia. Pero "aquellos que todavía se aterran a la esperanza de la llegada de un Newton

[5] No quiero dejar de aclarar que lo que se me había solicitado era una reseña del libro de Bunge antes mencionado, no de toda su obra.

no solamente aguardan la llegada de un tren que no arribará, sino que se equivocaron totalmente de estación".[6]

Lo que ciertos autores no positivistas -en el sentido ya explicitado del término- sostienen es que lo que ha oscurecido la visión sobre el tema es la capacidad de comprender la *radical* diferencia entre las ciencias naturales y las sociales. La complejidad de lo humano no es comparable con la complejidad de lo natural, básicamente porque los objetos de la naturaleza nada dicen ni piensan de sí mismos -al menos hasta donde nuestras limitaciones cognitivas permiten enterarnos-. El científico social aborda su campo de estudio que está constituido por actores con una cierta concepción de sí mismos y de sus acciones, sean éstas de la vida cotidiana, de la política, de la científica. En este marco de pensamiento, aunque no se persiga la verdad objetiva como fin último de la ciencia social, no por ello se procede con *irracionalidad,* a no ser que identifiquemos racionalidad con método científico lógico formal.

En el modelo de ciencia positivista, no hay lugar para el sujeto reflexivo que piensa sobre sí mismo, así como tampoco hay lugar para las experiencias sociales. Por eso es que desde otras perspectivas se intenta abordar un serio y riguroso planteamiento de los sujetos como el núcleo central de la problemática de la teoría social. Los intentos de develar las particulares situaciones en las que los sujetos se ven inmersos, las formas en que se producen los intercambios y adquieren significación en el tejido social, son parte de las cuestiones que intentan relevarse desde aproximaciones diferentes a las del *consenso ortodoxo.*

Muchos autores y escuelas han realizado aportes, durante este siglo, en esta dirección, con vinculaciones que remiten a pensadores del siglo pasado. No estamos frente a una producción menor, aunque se la señale como irracionalista, subjetivista, relativista o construccionista.

La sociología de la ciencia es una ciencia social; en tanto tal, le caben todas las caracterizaciones que a cualquier teoría social. Lo que parece irritante para algunos es que tenga la audacia de tomar, por objeto de estudio, la ciencia desde la perspectiva de la ciencia social. Como cualquier teoría social, le compete hacer un estudio de las prácticas específicas que construyen algo tan específico como la ciencia lo es.

A. Giddens, *Las nuevas reglas del método sociológico,* Buenos Aires, Amorrortu, 1993, p. 15.

En este sentido, se ha extendido un amplio programa de investigaciones que tratan de estudios acerca de la ciencia. En una medida muy, muy modesta, es la línea de mi propia investigación, que no sé si es tan rigurosa como Bunge pretende, pero es algo más que ninguna.

4.

En este contexto, y suponiendo que el mundo es un mundo con otros, se incluyen en la reflexión sobre la ciencia términos como lucha, enfrentamientos y alianzas, la problematización acerca de cómo ganar crédito en el reconocimiento de los otros, el análisis de la competencia en todas sus formas, estudiar cómo se pasa a encabezar la línea dominante, que es la que mejor se impone sobre otras líneas que perdieron las negociaciones, cómo se producen creaciones de acuerdos y consensos entre los vencedores, excluyendo a los vencidos. Se necesitan recursos para ello: argumentos, voceros, métodos, visibilidades, etc.; pasan a ser estudiados para dar cuenta de las prácticas sociales realizadas.

Si la ciencia es una producción social, ahí tal vez radique su grandeza y su desafío intelectual. Y en ello estriba la diferencia: si el conocimiento es concebido de otra manera, así no hay posibilidad de diálogo. La ciencia social tiene legítimo derecho de tratar a la ciencia como una realización más de los hombres, como una producción simbólica más, producto de ias habilidades, destrezas, recursos y capacidades de los actores sociales. Y como todas las producciones sociales, el recurso inevitable es el lenguaje del que se echa mano para realizar las tareas propias de la ciencia.

Dijo Wittgenstein:

> La paradoja desaparece sólo si rompemos radicalmente con la ¡dea de que el lenguaje funciona siempre de *un solo* modo, sirve siempre para la misma finalidad: transmitir pensamientos -sean éstos sobre casas, dolores, lo bueno y lo malo o lo que fuere-.[7]

Lo que se inaugura a partir de las *Investigaciones filosóficas* es la posibilidad de entender que no hay un solo juego lingüístico posible,

[7] L. Wittgwenstein, *Investigaciones filosóficas,* México, Editorial Crítica/Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, 1986, pp. 249 y 251.

sino que en principio son infinitos. Y tener clara la referencia no nos dice nada acerca de los significados; aprender el significado de un término nos remite a su uso, no a su referencia. El lenguaje no se concibe sólo como pintura de la realidad, sino que caben de él incontables usos diferentes.

Si a la sociología de la ciencia hacemos mención, en su versión postmertoniana, el programa que se ha establecido ha sido precisamente el de comprender los significados de los términos de intercambio de la comunidad científica.

No creo que Bunge adhiera a la profundas reformulaciones que Wittgenstein ha realizado sobre la concepción del lenguaje; tampoco es lo que se pretende cuando se debate con otras posturas. Pero lo que sí es indispensable es el reconocimiento de la altura del adversario, aunque ello no implique alinearse con él.

5.

Bunge apuesta su trayectoria, apuesta a ganar el campo. Exhibe sus trofeos/obras, colocándome en una posición de desventaja relativa. Yo no puedo exhibir realizaciones tan prolíficas. El desafío: a pesar de todo, es seguir pensando. Para qué la controversia en estos términos.

En un lúcido análisis de cómo se configuran las estrategias para el enfrentamiento con otros en el campo científico, Bourdieu señala[8] que lo que cada actor pone en juego es el monopolio del saber y del conocimiento. Lo que cada actor lleva al campo es el capital simbólico que ha acumulado y que trata de mantener por diferentes vías. Cualquier monopolio, como bien lo saben los economistas, produce ganancias extraordinarias que se ven amenazadas con la aparición de los competidores. Pero en una economía es de esperar que aparezcan no uno sino muchos competidores, para que los beneficios se distribuyan en una forma más o menos equitativa. De manera análoga, en el campo del pensamiento teórico es deseable la pluralidad porque exige de cada postura lo mejor de sí para poder convencer no sólo a través del peso de la tradición sino por el debate de las ideas. Así espero que sea.

[8] P. Bourdieu, "El campo científico", en *REDES,* año 1, N^{Q} 2, diciembre de 1994.